

# El orientalismo en la obra de Enrique Gómez Carrillo: de la periferie a la centralidad

Abdelmouneim BOUNOU

Los relatos de viajes de Enrique Gómez Carrillo representan una fuente muy rica de conocimientos a cerca de los pueblos y de sus culturas. La cultura enciclpédica que proporcionan las obras de este escritor parece como el resultado lógico de un aprendizaje empírico continuo en el interior de muchos países y entre distintos continentes. Sin embargo, la propia formación cultural de EGC y sus múltiples lecturas de cuanto existía sobre el otro también constituyen un sustrato intelectual que atraviesa todos sus relatos de viaje.

Mi propósito en ese ensayo es hacer una lectura analítica de los libros de viaje de EGC para aclarar este trasfondo oriental que forja su universo narrativo. Se trata también de ver cómo ha conseguido este escritor singular traspasar las fronteras de la periferie a la centralidad, de la localidad a la universalidad.

Parar empezar, se puede afirmar en primer lugar que antes de ser él mismo viajero, EGC es un lector apasionado por la letras en general y por la literatura de viajes occidental en particular. Sus obras sobre los países africanos y asiáticos responden a una curiosidad por averiguar la veracidad y la exactitud de un abanico de conocimientos aportados por otros famosos escritores viajeros franceses, ingleses y alemanes, por no citar más que a algunos de los más reseñados. Sus obras son el escenario de un diálogo recurrente entre sus conocimientos libresco que había adquirido a lo largo de su periodo de formación intelectual en el París y Madrid de principios del siglo XX por una parte, y la propia experiencia aventurera que lo llevara a moverse entre los tres continentes siguiendo los pasos de los autores canones del viaje de la época. En este sentido podemos afirmar que los libros de viaje de EGC representan el prototipo del relato intertextual por excelencia. El carácter dialógico es un fenómeno característico de todo el discurso de EGC. A la luz de la teoría del lingüista Mijaíl Bajtín, el discurso de EGC encuentra el discurso de otro en todos los caminos que llevan hacia el objeto, y no puede dejar de entrar en interacción viva con él. Esta interacción puede tomar forma de modelo, de epígrafes o de citas directas o indirectas de otros intelectuales europeos : viajeros, pintores, periodistas, políticos, novelistas, poetas o filósofos. El mismo lo confiesa de manera directa en sus obras de viaje. Así, en *La Grecia*

*eterna* y ante la afirmaciones de Chateaubriand y Emerson, para quienes las matanzas apostasías y migraciones fueron las causas de la desaparición completa del pueblo antiguo de Grecia, EGC advierte que « Hay que leer las relaciones de viajes del siglo XVIII para ver el estado de disolución aparente en que se hallaba el helenismo. Chateaubriand y Emerson no encontraron en las aldeas griegas- y Atenas es una aldea de tres mil habitantes- sino chozas en ruinas pobladas por miserables campesinos de origen albanés. Los verdaderos griegos no estaban en la Grecia que los viajeros visitan. Escondidos en sus montañas abruptas... En las islas del Mediterráneo y en las tierras del Asia Menor, los desterrados de Bizancio consolaban sus nostalgias comerciando silenciosamente» <sup>1</sup>

Veamos ahora algunos ejemplos ilustrativos de ese discurso estilístico.

En su obra la *Grecia eterna*- cuyo título es una paradoja de la « Grecia actual »- ya que fue elegido justamente para subrayar el carácter constante del griego y corregir muchas relaciones de viaje que redactaron famosos escritores europeos sobre el mundo griego, EGC recurre a las obras de otros viajeros y filósofos que habían visitado Grecia (*La filosofía del arte* de Taine y *La geografía universal* de Elisée Reclus) y que confirman sus observaciones sobre la supervivencia del carácter antiguo del griego. El lector tiene la impresión de que EGC está repasando textos antiguos sobre la civilización griega, y al mismo tiempo efectuando desplazamientos espaciales por las tierras griegas como si fuera un cartógrafo – observador que intenta cotejar lo visto con lo escrito.

La misma reacción hacia ciertas falsas conclusiones de otros escritores viajeros la encontramos en *La sonrisa de la esfinge*. En esa obra de gran tamaño sobre Egipto EGC trata de rectificar ciertas ideas aportadas de la mano del pintor orientalista francés Etienne-Alphonse Dinet, propias al escritor orientalista francés Louis Bertrand, o incluso por su maestro e ídolo Pierre Loti. Para EGC, los tres artistas dejaron constancia de su desilusión frente al espectáculo en blanco y negro del color local de las calles del Cairo e igual que « las caravanas de turistas » que quieren en « tres días conocerlo todo », pasaron al lado de la esencia del pueblo egipcio a causa de los circuitos tradicionales que consagran los guías turísticos. Cómo conseguir conocer en profundidad la sociedad objeto de estudio y no caer en la superficialidad de los turistas estandares. EGC nos explica su estrategia de desvelar los trasfondos de la sociedad egipcia de la manera más inesperada : «Dos horas de indolente contemplación en la terraza de un café sirven mejor al viajero curioso que muchos días de febriles excursiones, porque no es lo mismo pasar ante la existencia que dejar pasar a la existencia ante nuestra vista ». <sup>2</sup> EGC se siente todas la tardes en un

---

<sup>1</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La Grecia eterna*, Madrid : Editorial Mundo Latino, pág. 50

<sup>2</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La sonrisa de la esfinge (sensaciones de Egipto)*, Guatemala : Editorial del

humilde café de las inmediaciones de la mezquita Al Azhar y poco a poco « su alma se empapa en los efluvios del extraño ambiente » que le rodea y vive una especie de hipnosis que le traspasa las fronteras de la otredad y volverse un « humilde personaje de carne y hueso orientales ».<sup>3</sup>

Una actitud más templada parece manifestarse en su libro *De Marsella a Tokio* donde EGC expresa un desacuerdo poco categórico con sus antecesores, autores de textos sobre Japón. En el prólogo que le hace su amigo Rubén Darío para esta obra, EGC le cuenta sus impresiones sobre el Japón, confirmando opiniones y refutando otras, en función de su experiencia y su sensibilidad. Así, le confiesa que su sensibilidad hacia la sociedad japonesa le acerca más a Pierre Loti, a Kipling, a Lafcadio Hearn, a Percival Lowell, a Lajeunesse y a Paul Brulat que a Leroy Beaulieu<sup>4</sup>. Así, para él, a pesar de la influencia europea y americana que suelen destacar ciertos publicistas y viajeros, EGC, en cambio, nos recuerda que la raza japonesa sigue la misma- el samurai, el atuendo, las reverencias y la elegancia persisten en la vida- y que en el japonés existe la « intangibilidad de su espíritu y de sus antiguas tradiciones».

Entre la multitud de textos y autores con que EGC no cesa de dialogar en todas las obras que redacta sobre el Oriente figura en primera línea el escritor francés Pierre Loti. La producción literaria de este último constituye básicamente una fuente de inspiración, una referencia continua, una hoja de ruta que EGC no pierde de vista a la hora de considerar el mundo visitado. El uso iterativo de los textos de P. Loti para expresar el mundo oriental y la aprobación constante de las observaciones y las conclusiones de este escritor demuestra hasta qué punto EGC no es capaz de deshacerse de la influencia que ejerce sobre él el intelectual francés. Ningún relato de viaje hace excepción a esta regla y en todos Pierre Loti viene a corroborar las afirmaciones del artista guatemalteco y a disipar cualquier duda sobre sus propósitos. Por otra parte, este fenómeno dialógico recurrente con Pierre Loti no le impide corregirle incluso al militar francés, cuando hay desacuerdo entre ambos autores, o cuando sus dos observaciones no coinciden en un momento dado. Es el caso en Egipto cuando EGC le reprocha a Loti el hecho de sentirse desilusionado por el espectáculo tan discordante de la calle egipcia respecto a las imágenes inculcadas en el inconsciente europeo : «Pero el que más me irrita, por ser el más querido de mis maestros, es Pierre Loti, que pretende no encontrar aquí ninguno de los cuadros que soñara. Ahora mismo en la esquina que tengo enfrente, reconozco la tienda de Bedredin, en la cual el emir hizo admirar

---

Ministerio de Educación Pública, 1961, pág. 21

<sup>3</sup> *Ibid.*, pág. 22

<sup>4</sup> Enrique Gómez Carrillo, *De Marsella a Tokio*, París : Casa Editorial Garnier Hermanos, 1912, págs 8-11.

a sus dos damas misteriosas de Basora... Más lejos veo a Hadji vestido de mendigo que espera (...) vengar su honra mancillada ». <sup>5</sup>

Este reproche que le dirige EGC a Pierre Loti es la prueba tajante que el escritor guatemalteco se siente más firme y convencido en sus opiniones. Consciente de la importancia del peso que representa la cultura del viejo continente en la consideración de la cultura del mundo, EGC emprende una serie de lecturas e investigaciones sobre la literatura escrita sobre los países extranjeros que llamaron la atención de grandes exploradores y viajeros mayoritariamente europeos. Paralelamente a esas lecturas, el escritor guatemalteco multiplica los viajes hacia aquellas regiones siguiendo los pasos perdidos de Loti, Kipling, los hermanos Tharaud... Si para él, los discursos estéticos de Europa fueron necesarios durante algún tiempo, durante su periodo de aprendizaje, ha llegado la hora de independizarse de la tutela cultural de Europa. Así, una de las principales técnicas para superar el discurso de la centralidad es la contraposición de lo vivido con lo leído y el rechazo de la idea de que Europa representa la cultura central y las culturas que existen en los demás continentes son periféricas. Ya lo resumió la eminente ensayista y crítica Lucrecia Méndez de Penedo en su prólogo a *El Japón heroíco y galante* donde concluye que EGC « no sólo podía capaz de apropiarse de todos los discursos estéticos de la centralidad, sino ejercerlos con igual maestría que los europeos e incluso refuncionalizarlos para expresar nuevas perspectivas de apreciación y opinión ». <sup>6</sup>

El largo aprendizaje empírico en el interior de muchos países orientales de EGC y sus previas y múltiples lecturas a las obras de sus predecesores van a proporcionarle al escritor centroamericano un conocimiento libresco y empírico a la vez sobre la cultura de los pueblos orientales. Si las lecturas fueron en un momento una iniciación en el descubrimiento de las culturas orientales, los viajes constituyeron luego un medio práctico de búsqueda para conocer y acercarse de modo directo al Hombre de Oriente. Por otra parte, hay que recordar que su larga estancia en el París de principios de siglo, capital cultural que representaba una Meca también para los estudiantes y los intelectuales del Norte de Africa, Oriente Medio y los países asiáticos le sirvió como un segundo « despertar del alma » hacia el elemento oriental. Así, cuando aparecen sus relatos de viaje, uno tras otro, sobre Oriente, EGC se da a conocer como un experto cultural del Hombre oriental, de los pueblos orientales. En toda sus obras de viaje EGC se complace en describir el carácter de los orientales. En sus obras va a analizar y presentar el carácter y la psicología del Hombre oriental y su cultura,

---

<sup>5</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La sonrisa de la esfinge*, op. cit, pág. 22.

<sup>6</sup> Lucrecia Méndez de Penedo, « Un guatemalteco en Japón », in : *El Japón heroíco y galante*, Guatemala : Editorial Cultura, 2009, págs. 7-8.

empezando desde el marroquí, pasando por el egipcio, el griego, el sirio, el palestino, el ruso, llegando al japonés, al chino y al indú. Igual que un sociólogo o psicólogo, el escritor recuerda en un primer momento cuanto se ha dicho sobre las sociedades mediterráneas y asiáticas y se fija en los detalles de la vida cotidiana de cada pueblo a parte para trazar, luego, un mapa humano de pueblos, culturas y etnias.

¿Cuáles son esas características que le distinguen y le hacen diferente al Hombre oriental de su homólogo occidental ?

Al describir las sociedades orientales, EGC distingue entre Oriente Medio, Extremo Oriente y el Maghreb, o sea entre los países norteafricanos representados por Marruecos, los países medio orientales representados por Egipto, Siria, Palestina o el actual Israel, Grecia, Rusia y los países extremo orientales representados por Japón China e India.

El primer rasgo predominante que destaca el autor en la totalidad de sus obras es el carácter tradicional, paciente y primitivo del Hombre oriental. A diferencia de las ciudades cosmopolitas y modernas como Nueva York o París, Fez, Damasco y el Cairo por ejemplo son ciudades árabes inmóviles que reflejan la lentitud y la inmovilidad del mundo oriental ; son la « sombra » a la que se llega viniendo del Occidente, de Nueva York, París o Madrid. En ellas el tiempo no tiene valor, la noción temporal no existe. Los árabes en general son muy pacientes, no tienen prisa porque disponen de las « eternidades ». Para EGC la agitación del progreso americano, lo que se llama « confort » en ciudades agitadas como Nueva York, es decir cosas ultramodernas, inventadas para ir más de prisa, para subir más alto, es, en comparación con Fez y Damasco, uno de los graves errores del Occidente que aumentan los tomentos del mundo en vez de hacer más grata la existencia. En su obra *De Marsella a Tokio* el escritor guatemalteco confirma las observaciones pertinentes de su ídolo Pierre Loti sobre el carácter indiferente y resignado del pueblo de India a pesar de sus condiciones de trabajo bastante duras : « ¡Es necesario ver en las maravillosas descripciones de Loti esos millares de hombres que perecen de hambre, sin una queja, sin un gesto de rebelión contra la suerte, casi sin una lágrima, para comprender hasta dónde puede llegar la anemia de la voluntad! »<sup>7</sup>.

A esa paciencia del oriental se añade su apego incuestionable a las tradiciones y las costumbres del pasado remoto. Efectivamente, para EGC el espectáculo primitivo que reflejan ciertos actos diarios de los pueblos orientales constituye una prueba tangible del abismo que separa el mundo occidental del oriental. La existencia oriental en los centros urbanos se ha conservado tan intacta desde hace siglos : « Nada ha cambiado desde el

---

<sup>7</sup> Enrique Gómez Carrillo, *De Marsella a Tokio*, op. cit, 1912, págs 63.

principio de la égira. Lo que divertía a los primeros discípulos del Profeta en la escrucijadas de Medina, entretiene a los fieles de hoy en los Zocos de Damasco, de Túnez, de Istambul, del Cairo, de todas las ciudades orientales. »<sup>8</sup> En Damasco, donde la religión es venerable, EGC nos dice que los « hijos de Saladino », al contrario de los europeos, no necesitan cambiar a cada instante de 'modas ni de modales'. Cual se se vestían en tiempos de los grandes califas, así se visten hoy. Luego, en Fez donde al escritor viajero le parece deambular entre gente de la Edad Media : « Los mismos moros, vestidos del mismo modo y teniendo las mismas actitudes, los mismos gestos, los mismos hábitos, sienten del mismo modo, piensan con los mismos pensamientos, se expresan de la misma manera...»<sup>9</sup>.

En la India EGC subraya el peso determinante de las tradiciones en las sociedades extremo-orientales; El autor explica, a base de sus lecturas de Pierre Loti y su estancia en el país índico, el éxito que solían tener específicamente los amos ingleses entre las comunidades étnicas del país, desde Ceilán hasta las fronteras birmanas. Gracias a su habilidad, los ingleses, nos dice, comprendieron que el indígena, una vez convencido de que "se le atacará en su intimidad, ni en sus intereses, ni en sus costumbres, ni en sus creencias," sino que, por el contrario se le permitirá una independencia individual dentro de bienestar, acepta el gobierno de su destino sin dificultad.<sup>10</sup> Para EGC, el viajero ordinario incluso podría preguntarse incluso sobre lo qué es inglés a primera vista ya que los indígenas siempre aparecen como los dueños de la tierra y que la ropa exterior, las costumbres, la pompa exterior, en fin, todo es índico, mientras que el negocio que se esconde detrás es puramente inglés. En Oriente Medio, en la Universidad al Azhar en el Cairo, igual que en la Karauina en Fez, lee y observa que se habla de modernizar los estudios, de introducir en sus programas nuevas materias y en su enseñanza nuevos métodos. Sin embargo, la palabra cambio constituye en los países islámicos un desafío al cual se enfrentan las generaciones. Así, lo advierte el autor de *La Sonrisa de la esfinge*: "¿Quién atentará con manos criminales a la integridad de los conocimientos indispensables? ¿Quién osará desterrar de su santuario a los fantasmas ancestrales?... Agregar, puede ser. Quitar, nunca."<sup>11</sup> Podemos decir que al desplazamiento espacial que efectúa EGC (desde Europa hacia Asia y Africa), corresponde una diacronía temporal.

El Carácter religioso es otro rasgo predominante que caracteriza las sociedades orientales. Efectivamente, todos los viajeros, sin excepción, quedan sorprendidos ante la base religiosa de la cultura oriental. En Oriente todas las tierras por las cuales pasa el

---

<sup>8</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La sonrisa de la esfinge*, op. cit, 1912, págs 29.

<sup>9</sup> Enrique Gómez Carrillo, *Fez la andaluza*, Madrid : Renacimiento, págs 59-60.

<sup>10</sup> Enrique Gómez Carrillo, *De Marsella a Tokio*, op. cit.

<sup>11</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La sonrisa de la esfinge*, op. cit, págs 85.

escritor son descritas como « tierras santas » desde Fez, hasta las tierras sagradas del Golfo pérsico, pasando por el Cairo y Damasco.

Fez es, para Gómez Carrillo, el alma santa del Marruecos tradicional y del Maghreb y su tierra es considerada como el centro religioso más importante de África del Norte. La espiritualidad de la gente, las plegarias y las mezquitas asombran al viajero occidental cada vez que de los innumerables minaretes de las mezquitas se eleva una misma oración tal que un refrente continuo, y que el pueblo postrado escucha la plegaria como si fuera la primera vez : «... no existe en el vasto mundo, santuario ninguno del cual se elevan hacia el cielo tantas, y tan ardientes, y tan constantes plegarias como las que manan de esta fuente inagotable de devociones. La cosa es visible aun para los viajeros menos preocupados por las manifestaciones místicas de los pueblos». <sup>12</sup> Santos, “chorfas”, “Zauias” y cofradías de “Aissauas” “Hmadchas” forman los puntos de referencia de los tipos de la sociedad. En todas las clases sociales, organizadas de manera jerárquica, el acto religioso es vehementemente practicado como un soporte de la vida diaria.

En el Cairo EGC siente una profunda admiración ante la sencillez y la modestia de los templos egipcios en comparación sus homólogos en el mundo occidental. Las mezquitas también son sitios simples de reunión para la oración y los anhelos comunes. Un templo en las tierras orientales no es una casa reservada celosamente al rito, sino que es, al contrario, un refugio muy sobrio destinado también a cualquier persona que buscara protección o descanso. La palabra lujo, nos dice EGC, es una irrisión en esos lugares : « San Francisco de Asís habría besado en la frente a los que así comprenden el renunciamiento de los bienes terrenales ». <sup>13</sup>

El tema religioso alcanza su punto culminante en *Jerusalén y la Tierra Santa*. En esta obra EGC hace de lo religioso el único eje alrededor del cual giran toda la narración y la descripción. En esta obra el lector asiste a una peregrinación propia del escritor guatemalteco a las tierras sagradas del cristianismo, del judaísmo y del Islam. Todo en este relato indica que EGC realiza un viaje a la semilla y vive una experiencia espiritual singular que le permite revivir lo momentos capitales de las tres religiones monoteístas.

Los pueblos orientales de las Tierras Santas, en general, y los judíos en particular, nos dice EGC, se extravían por las fantasías místicas y por las ciencias ocultas como la magia, la astrología y la cábala<sup>14</sup>. Los judíos son descritos como un pueblo poderoso, fanático y unido. Cuando oran, los hijos de Moisés lo hacen con sinceridad, con esperanza y

---

<sup>12</sup> Enrique Gómez Carrillo, *Fez la andaluza*, op. cit, págs 110.

<sup>13</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La sonrisa de la esfinge*, op. cit, págs 75.

<sup>14</sup> E. Gómez Carrillo, *Jerusalén y la Tierra Santa*, Guatemala : Editorial Cultura, 2010, págs 75.

con fuerza : « Y esto que los judíos cantan día tras día a través de los siglos, esto que atiza el fuego de sus almas, no es un vano himno litúrgico, como nuestras oraciones latinas cuyo sentido ni siquiera entendemos. ¡Ah, no ! Esto, para ellos, es la esperanza, la fuerza, la vida, el aliento, la alegría... ». <sup>15</sup>

Basándose en la famosa obra de Maimónides, *Guía de los Extraviados*, EGC nos explica que el pueblo de Israel ha podido atravesar los siglos de la cultura moderna sin verse obligado a cerrar los ojos ante la ciencia o abandonar la fe gracias a una interpretación alegórica de la ley hebráica que se encuentre en contradicción con las verdades de la ciencia. Por otra parte, las lecturas de EGC de la historia y el carácter pueblo judío le vuelven pesimista sobre el sueño con la fraternidad y la cohabitación de las razas. A la pregunta de si hay alguna esperanza de que los grandes pueblos asimilen a los isrealitas que viven en su seno, contesta de modo tajante : « No; no se llegará nunca a fundir el pueblo de Israel en los pueblos que le dan asilo.»<sup>16</sup> Prueba de ello, es la reacción del médico madrileño llamado Hauser, cuyo origen judío de Hungría no conocía EGC, y de quien el escritor EGC tenía una buena imagen de una persona positiva, lógica, sin prejuicios, ni supersticiones. Sin embargo, nos cuenta el escritor, cuando empezaron a charlar de los judíos, va a descubrir la otra faceta, imprevisible del personaje : « Mas de pronto como se tratara de los judíos, todo su ser cambió. Su rostro mismo transfiguróse. Sus ojos se iluminaron con fuegos de misterio. Y durante dos horas, admirablemente, hablando como un poeta, como un visionario, trazome un cuadro sublime de la grandeza de Israel en el pasado, del poder de Israel en el futuro. Esta misma dualidad me sorprende en todos los judíos a quienes trato con confianza ». <sup>17</sup> Y efectivamente, el largo conflicto de Medio Oriente entre palestinos e Israelíes le da completamente razón al escritor guatemalteco y demuestra hasta qué punto era un intelectual lúcido. Cuando se trata de Israel, los judíos de todos los cinco continentes salen a la defensa ciega del Estado, de la cultura y de la historia del pueblo de Israel.

En *Jerusalén y la Tierra Santa* todas las tierras pisadas por el escritor son descritas como “tierras santas”. Jerusalén es una ciudad de recuerdos divinos. Cada una de las comunidades religiosas es apegada fanáticamente a su patrimonio sagrado. Cada una de esas comunidades adora, a su manera, su espacio sagrado: “Los judíos custodian la única reliquia de su templo, gimiendo ante el Muro de las Lamentaciones. Los cristianos oran ante la tumba de Jesús. Los musulmanes, guardan, bajo, la cúpula de la mezquita de Omar, una

---

<sup>15</sup> Enrique Gómez Carrillo, *Op. cit.*, págs 176.

<sup>16</sup> Enrique Gómez Carrillo, *Op. cit.*, págs 172.

<sup>17</sup> Enrique Gómez Carrillo, *Op. cit.*, págs 164.



roca santa”.<sup>18</sup> Cuando Gómez Carrillo llega a Jerusalén, una sensación de “ensueño”, de beatitud se apodera del viajero centroamericano, al penetrar en esta ciudad “santa del Medio Oriente”: “Lo que nunca sentí ante ninguna ciudad santa, hoy lo experimento aquí... ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén!... Mi alma entera se estremece al oír el cántico de estas sílabas, que suenan con acordes misteriosos de salmo y de anatema. ¡Jerusalén, que es lo sublime y lo horrible; Jerusalén, que en los labios de David es el gozo supremo de la tierra; Jerusalén, que en boca de Ezequiel es la abominación de las abominaciones; Jerusalén, que recibe a Jesús entre palmas, y luego lo crucifica, como un malhechor; Jerusalén, coronada de rocas místicas y de maldiciones eternas; Jerusalén, manchada de sangre; Jerusalén; Jerusalén!...”.<sup>19</sup>

Las notas del autor demuestran hasta qué punto las secuelas del pasado hebraico y bíblico e islámico de esta ciudad siguen presentes en la memoria y la conciencia colectiva de los viajeros de todas las épocas. La emoción de Gómez Carrillo no es un caso excepcional. Es verdad que todos los orientistas que visitaron esta región sienten cumplir una peregrinación hacia uno de los lugares más simbólicos de la espiritualidad tanto oriental como occidental.

Sin embargo, es de notar que en *La Grecia eterna* Gómez Carrillo describe a la civilización helénica como una cultura aún religiosamente pagana. Si Grecia aparece como una tierra por la que pasaron todos los dioses, la ortodoxia, nos dice el escritor, no posee la “ferocidad de la fe rusa” por ejemplo. El ateniense se entusiasma más por lo exterior, lo litúrgico que por las entrañas. Para EGC, entre todos los pueblos del mundo, el griego es el menos místico. Comparado con los pueblos vecinos donde el fanatismo es moneda corriente, al griego, le interesan los dioses porque son creaciones de su propio genio; la religión es una tradición, un lujo, pero no una fiebre capaz de quitarle el sueño. Prueba de ello, en el parlamento ningún partido político se consagra a la defensa de la religión.

Al lado de esos rasgos generales y determinantes que distinguen al Hombre oriental de su vecino occidental, existen otros, más específicos, inherentes a cada pueblo aparte, desde el norteafricano, pasando por el medio oriental, hasta llegar al asiático.

Del marroquí, EGC traza nos dice que igual que la personalidad del marroquí aparece difícil de penetrar y comprender. Es un hombre refinado, hospitalario, disimulado y discreto; su alma no se abre a nadie. su intimidad es sagrada ; su mujer y su familia llevan una vida siempre ocultadas y protegidas de la curiosidad forastera. El carácter misterioso del marroquí en general y del habitante de Fez en particular despierta en Gómez Carrillo

---

<sup>18</sup> Enrique Gómez Carrillo, *Op. cit.*, págs 144.

<sup>19</sup> *Ibid.*

sentimientos de envidia y de fascinación al mismo tiempo. Efectivamente, el autor confiesa en varias ocasiones su deseo de poder gozar del encanto que aparentan las viviendas marroquíes que equivalen a un paraíso con todos sus “voluptuosos refinamientos” y que le hacen soñar en la “voluptuosidad de vivir oculto, a la manera islámica”, como en tiempos de *Las Mil y una noches*: “Un pasillo discreto, oculto entre arrayanes y mirtos, que conduce al harén, en donde la dulzura femenina mezcla sus aromas con los aromas de las flores... ¡Ah! El harén!... Allí se halla la alcoba... Allí está el paraíso nocturno... Y por la mañana, no muy temprano, después del desayuno, el señor sale a la calle, a pie, para ir a averiguar las últimas noticias de la Alcaicería”.<sup>20</sup>

La mujer marroquí y árabe en general es percibida como una criatura enigmática que se esquivo a la mirada del transeúnte y, furtiva, desaparece como por encantamiento. En vez de evitar el interés, la blancura misteriosa por la cual se hace envolver, la transforma en un fantasma que despierta en el intelectual guatemalteco cada vez más deseo y seducción y libera su imaginación y delirio. Así, para el viajero español, la mujer árabe es percibida con un deseo oculto e inaccesible. La terraza de las casas es el espacio reservado para la mujer; en ella se desahoga, se divierte y conversa con sus vecinas. Igual que los demás intelectuales viajeros españoles, Gómez Carrillo relaciona la terraza con la infidelidad y el adulterio de la mujer árabe. Los prejuicios y los estereotipos relacionados con la mujer árabe son numerosos en la obra del escritor. El mismo confiesa que todos sus conocimientos en la materia son el resultado de distintas lecturas de antiguos cuentos: “...lo mismo que las gatas- escribe un poeta oriental-, nuestras idolatras se escapan por los tejados para ir a mallar de amor en rincones culpables.” Y por más lejanas que estas palabras estén fechadas en la lejana Siria, los moghrebinos confiesan que pueden perfectamente aplicarse a Fez lo mismo que a Marrakech, y a Tetuán lo mismo que a Rabat.”<sup>21</sup>

El egipcio también es misterioso porque esconde su intimidad. Sin embargo, a la diferencia del marroquí, el egipcio es descrito por EGC como un ser vil e indigno. “El látigo ha matado toda dignidad” y el oro traído por algunos turistas ha cambiado las ideas sobre la necesidad de ganarse la vida buscando un trabajo. Una imagen bastante fuerte de la miseria en que vive el pueblo sintetiza el estado paupérrimo de los habitantes pobres: “Legiones de miserables que antes penaban en los muelles se han hecho mendigos, y viven bien, sin esfuerzo ninguno. Sus hijos suben un escalón en el envilecimiento ; en vez de pedir, roban ; pero no con grandeza romántica cual los bandoleros de Marruecos, sino de un modo astuto

---

<sup>20</sup> Enrique Gómez Carrillo, *Fez, La andaluza*, *Op. cit.*, págs. pp. 40-41.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p.101.

y cobarde, engañando humillándose. Si no roban, se consagran a explotar la prostitución “. <sup>22</sup> En el comercio el egipcio es, igual que el damasquino, el Constantinopla es un apasionado por el regateo. Para EGC, la mayor parte de los objetos con que uno sale cargado de las tiendas no tendrían encanto ninguno, sin ese ritual del regateo propia del árabe. “Se compra por vencer, se vende por engañar, pero se regatea por regatear. »

Respecto a la mujer egipcia, nos dice EGC, es la que manda y el hombre la satisface y la ama. <sup>23</sup> Es educada no para ser esclava como suelen creer algunos occidentales, sino para ser « sultana de amor » que el marido o el dueño se esmera en idolatrar. EGC nos dice que toda la literatura de Arabia, de Persia, de Turquía nos demuestra que no hay amantes más fervorosos que los orientales. El árabe adora la mujer con exaltación y misticismo y el menor desdén o traición es capaz de enloquecerlo ; Frente a la mujer atractiva y guapa, el oriental es un amante rendido cual un auténtico esclavo : «Tiraniza, puesto que la belleza te ha colmado de dones -dice Ebn al Farid- mi suerte te pertenece ; dispone de mí según tu capricho ; eres mi soberana ; si la desgracia debe ser el precio de tu amor, consiento en ser una víctima, no pido más que una cosa y es que no exijas de mí que mi vida deje de depender de ti ; mi pasión no sabe qué implorar ; soy tu esclavo, tú eres mi reina, y si tú me dieras la libertad la rechazaría.»<sup>24</sup>

En las páginas finales de su obra *La sonrisa de la esfinge* el escritor muestra su perplejidad ante la resignación, la gracia y la felicidad que caracterizan especialmente al egipcio. Para él, un pueblo que vive ahora en condiciones económicas muy difíciles y que antes vivía dominado por la magia y la por la zozobra de los augurios fatales de tiempos de los faraones, lógicamente debería ser violento y estar triste. El pueblo egipcio es sonriente y frívolo, y cualquier pretexto le sirve para divertirse y gozar físicamente. La explicación a la satisfacción, al optimismo y a la afabilidad del egipcio para con todos se debe, según EGC, al carácter festivo de las divertidas ceremonias del antiguo egipcio, a las orgías de Bubastis que el pueblo aprovechaba para olvidarse de sus preocupaciones y de su miseria. Se debe, también, nos dice el autor, a que el egipcio « en todos sus actos demuestra que no tiene la menor noción de que pueda existir una suerte mejor que al suya ». <sup>25</sup> A aquella felicidad, EGC contrapone la desgracia y la tristeza de la sociedad española de la época de los Austrias : «Comparada con la existencia sórdida de la España del *Lazarillo de Tormes*, la vida del Egipto de los cuentos populares aparece como un verdadero paraíso. Ni los

---

<sup>22</sup> Enrique Gómez Carrillo, *De Marsella a Tokio*, *Op. cit.*, págs. pp. 37.

<sup>23</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La sonrisa de la esfinge*, *op. cit.*, págs 245.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, págs. 114.

<sup>25</sup> *Op. cit.*, págs. 250.

mendigos, ni las celestinas, ni los truhanes tienen en tiempo del gran Sesostris, esas caras siniestras que nos espantan en los cuadros de la época de Felipe II.»<sup>26</sup>

Por otro lado, en *La sonrisa de la esfinge* EGC insiste en repetidas ocasiones sobre los rasgos distintivos entre las poblaciones de las ciudades de Fez, Damasco, el Cairo, ambas como prototipos de la cultura árabo-musulmana. Y es que el mestizaje constituye un polo importante alrededor del cual se desarrolla toda la obra carrilleña relacionada con el Oriente. En su gran mayoría, en la población de Medio Oriente hay “gente de todos los colores”, “rostros y cuerpos de todas las formas”. Para EGC, estos diversos elementos de la población oriental, musulmanes, judíos y coptos conviven fraternalmente, al contrario de las tierras de Medio Oriente donde el odio separa los turcos de los armenios, los armenios de los judíos, los judíos de los sirios, los sirios de los kurdos, los kurdos de los beduinos.<sup>27</sup>

La imagen del griego a través de *La Grecia eterna* es la de un ser retórico, orador o que busca parecer orador. Un pueblo de razonadores, de políticos, de banqueros, de argonautas que se engañan a sí mismos. Para los griegos, ser hijo de un general ilustre o nieto de un héroe legendario, nos dice EGC, le interesa menos que ser admirado en los periódicos por su elocuencia porque es adicto a la elocuencia: “La habladuría, decíame hace poco un griego educado en Londres, es la madre de todas nuestras calamidades. Para charlar, dejamos de trabajar. Lo que sólo de los brazos fuertes puede esperarse, nosotros lo pedimos al pico de oro”.<sup>28</sup> El griego es un apasionado al café. El café constituye el lugar de las tertulias. El interior de los establecimientos resulta estrecho para las concurrencias de la gente desde las mañanas. En los cafés griegos, nos dice EGC, “no se bebe. Se habla, se discute, se perora” porque habiendo hecho de “la palabra una diosa, los griegos se complacen en rendirle un homenaje sutil y armonioso.”<sup>29</sup>

A la imagen de Ulises, al griego le apasionan las aventuras, las intrigas y las artes. “Considera que todo el Oriente es su casa, y con la esperanza de ocuparla un día enteramente, van instalándose poco a poco en las habitaciones abiertas”<sup>30</sup>. El griego es un comerciante de pura sepa y el comercio está en el alma del pueblo. Para EGC, si el campesino francés sueña en aumentar su campo, el griego piensa en venderlo y un burgués puede vender sus zapatos en la calle si se le ofrece un dinero conveniente. Para EGC, no hay nadie capaz de competir con el griego en materias comerciales “El judío mismo, que

---

<sup>26</sup> *Op. cit.*, págs. 249.

<sup>27</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La sonrisa de la esfinge*, *Op. cit.*, págs. 36.

<sup>28</sup> Enrique Gómez Carrillo, *La Grecia eterna*, *Op. cit.*, pág. 58

<sup>29</sup> *Op. cit.*, pág. 77.

<sup>30</sup> *Op. cit.*, pág. 68.

engaña al turco, que explota al europeo, que saquea al árabe, se aleja de las ciudades helénicas como de un erial improductivo. De todos los países orientales, sólo el reino de Grecia no tiene población isrealita ¿Qué irían a hacer allí los hijos de Moisés ? Para engañar a un ateniense es necesario ser ateniense ».<sup>31</sup> Para EGC, el griego es hábil, paciente, sutil, activo, ambicioso, atrevido y despilfarrador. Para lograr lo que se propone, ningún principio moral le parece un obstáculo. El dinero de los demás se le antoja hecho para emplearlo como le de la gana, y reconoce que el dinero está hecho para tirarlo por la ventana.<sup>32</sup> Cuando EGC habla de la mujer griega, subraya su belleza femenina, sus artes y rituales para la seducción, su cultura erótica <sup>33</sup> y sus dones filosóficas y poéticas. A este propósito, nos informa el autor, algunos escritos de Aristófanes constituyen un tratado sobre la vida erótica de las cortesanas y de las vendedoras de caricias en la Grecia antigua. A la observación de Edmond About sobre el elemento femenino en Grecia para quien la mujer ateniense es chata y fea, EGC rectifica que él las admira porque sus ojos le hacen pensar en Sevilla y sus cuerpos les recuerdan aquellos en París. <sup>34</sup>

En *El Japón heroico y galante* EGC traza un conjunto de caracteres singulares del ciudadano japonés. El héroe japonés es un guerrero elegante, cortés con el enemigo, caballeresco y « orgulloso hasta lo inverosímil »; no conoce la derrota, ni la cautividad. A la diferencia de los pueblos europeos quienes para mostrar su carácter guerrero comienzan por organizar manifestaciones contra las casas de embajadores y consules del país enemigo, los japoneses, fieles a las reglas del bushido, -la calma, la cortesía y la sonrisa- «no son capaces de cometer actos de inútil barbarie» con las legaciones extranjeras. Todo en el Japón es lección de heroísmo, nos dice EGC, hasta incluso la misma profesión de bandolero posee un prestigio cuando se ejerce con bravura y con arrogancia. <sup>35</sup> El Japón es un pueblo guerrero de samurayes que adoran las espadas, las bautizan y las halagan. A diferencia de los europeos para quienes el miedo a la muerte domina, los japoneses, igual que los pueblos musulmanes para quienes la idea de la muerte es encantadora, no temen la muerte. Ninguna idea religiosa, ningún sentimiento de familia puede detener la mano del que debe suicidarse.<sup>36</sup> Para EGC, si los japoneses se consideran superiores a los europeos en las ciencias, reconocen en cambio el mérito de los franceses en “el instinto refinado”, “la belleza de la idea” y “la claridad de la lógica”. El de los ingleses en la formación del carácter *gentlemen*, imparcial y respetable. Entre las virtudes de los antiguos guerreros se encuentran el desinterés, el honor caballeresco y el desprecio de los bienes materiales :

---

<sup>31</sup> *Op. cit.*, pág. 69.

<sup>32</sup> *Op. cit.*, pág. 86.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, págs. 224-225.

<sup>34</sup> *Op. cit.*, págs. 96-97.

<sup>35</sup> E. Gómez Carrillo, *El Japón heroico y galante*, Guatemala : Editorial Cultura, 2009, pág. 53.

<sup>36</sup> *Op. cit.*, pág. 87.

“No digáis jamás de un hombre que es económico. Economizar dinero es como economizar la vida. La economía es una forma de cobardía.”<sup>37</sup>

El Japón es, también, el país abanicos, de sonrisas y reverencias. Su lengua está llena de voces halagadoras y no tiene ni insultos, ni groserías. Las mujeres no gozan de los mismos cuidados y privilegios que tienen las árabes. « El orgullo del hombre- nos dice EGC- hace a la mujer esclava y el hogar no es un nido, es una incubadora ».<sup>38</sup> Para hablar de la mujer japonesa, EGC cita a menudo a Naomi Tamura para quien en el Japón nadie se casa por amor ya que la opinión coloca en muy baja escala moral el amor de la mujer. El antifeminismo de los hombres japoneses según Naomi se debe al budismo que considera « la mujer impura como el lodo ».

Los chinos son descritos como comerciantes, silenciosos, corteses y cortesanos que tienen el genio de *los placement*. En el comercio los chinos son diferentes del europeo : no hay charlas reclamistas de París que « los vendedores parisienses parecen haber aprendido de los judíos africanos »<sup>39</sup> EGC los describe como seres solidarios y muy fanáticos por los muertos en general. Por no oponerse a la voluntad de sus abuelos, el chino se somete a cualquier régimen. Un día, profetiza EGC, el « peligro amarillo será una realidad. Ese día, la más vasta, la más formidable democracia obrera, habrá declarado la guerra á la industria occidental »<sup>40</sup>.

Puedo decir al final que a lo largo de sus viajes de descubrimiento y aprendizaje EGC ha trazado un mapa humano descriptivo de pueblos y culturas, desde el Occidente hacia el Oriente. Puedo afirmar también que el Gómez Carrillo de los años veinte en Francia ya no es el muy joven Enrique Gómez Carrillo de 18 años, curioso y deseoso, que sale de Guatemala en vísperas del siglo XX ; entre el uno y el otro ha corrido mucha agua bajo el puente.

Cuando sale de Guatemala en 1873, EGC era un joven aprendiz cuyas ambiciones traspasaban las fronteras de su país ya que había agotado las vías que se le habían propuesto y que, por intuición y lucidez, sabía que, para salir de la « periferie » cultural, había que acercarse a los grandes maestros de la cultura y las artes para aprender, formarse primero, y buscarse un sitio en el seno de la intelligentsia, más tarde. Sus largas lecturas le abrieron los ojos hacia los pueblos de los cinco continentes y sus viajes de la ceca a la meca le permitieron cotejar lo leído con lo visitado. Por eso, en todos sus relatos

---

<sup>37</sup> E. Gómez Carrillo, *De Marsella a Tokio*, Op. cit, pág. 193.

<sup>38</sup> E. Gómez Carrillo, *El Japón heroico y galante*, Op. cit, pág. 110.

<sup>39</sup> Op. cit, pág. 96.

<sup>40</sup> Op. cit, pág. 105.

de viajes, EGC trató de aportar su toque personal de artista a aquella literatura escrita por distintos viajeros occidentales con vistas a confirmar, rectificar o desaprobar una que otra idea.

La riqueza de conocimientos que encierran sus obras sobre los pueblos orientales y la prosa poética con que están escritas consagran el valor y la calidad de su creación artística. Como lo ha afirmado con claridad la crítica Lucrecia Méndez de Penedo en su prólogo a *El Japón heroíco y galante*, EGC es un intelectual que se ha apropiado los discursos de la centralidad para expresar nuevos enfoques y « nuevas perspectivas de apreciación y opinión ». Podemos añadir que EGC ha conseguido superar los discursos del « orientalismo periférico » y ha podido imponer su propio modelo literario.

Cuando EGC empieza a publicar sus crónicas de viajes a principios del siglo XX, ya se había convertido en un escritor cosmopolita. Ya es un ciudadano del mundo que, en palabras del gran poeta Rubén Darío :«(...) madrileño cuando le viene en gana, argentino cuando quiere, y parisiense de París á todas horas y de todas maneras (...) En todas partes está en su casa(...) y, por todas partes (...) está fuera de su país.»<sup>41</sup> EGC es un viajero sin rumbo y un soñador, como se define él mismo en sus relatos. En tierras árabe desea hacerse árabe y vivir a la árabe ; en Grecia quiere volverse griego ; en Japón se acostumbra y termina deseando hacerse japonés, para vivir a la japonesa : « Cuando pronuncie usted mi elogio fúnebre, -le pide a su compañero Rubén Darío- no deje de decir que yo tuve un alma de artista oriental.»<sup>42</sup>

¿ Acaso sea un hombre con sangre y alma oriental que, estando insatisfecho en Occidente, viaja en búsqueda de su propia identidad en el Oriente?

---

<sup>41</sup> DARIO, Rubén, « prólogo » in : *De Marsella a Tokio*, *Op. cit.*, p. 10.

<sup>42</sup> *Op. cit.*, p. 9.